



Editorial Xplora 2013

Páginas: 220 pg.

Dimensiones: 15x22,3 cm

ISBN: 978-84-15797-03-6

Disponible en ebook y papel  
en librerías y en :

[editorialxplora.com/tienda](http://editorialxplora.com/tienda)

EDITORIAL XPLOA

*Lee viajando. Viaja leyendo*

[www.editorialxplora.com](http://www.editorialxplora.com)

[info@editorialxplora.com](mailto:info@editorialxplora.com)

*XPLORA es una editorial independiente formada por un grupo de amantes de los viajes, el deporte, la montaña y los libros. A través de las páginas de nuestros libros recorreremos países ligeros de equipaje, descubriremos hasta donde llegan los límites del hombre, cruzaremos desiertos, exploraremos montañas lejanas, conoceremos nuevas culturas y viajaremos a los lugares más sorprendentes del planeta.*

Cada metro de camino que va quedando a mis espaldas no existe; es tierra estéril. Cada zancada ejecutada, cada jadeo exhalado, es pólvora quemada. Cada gota de sudor derramada es pasado baldío. Solo el camino por recorrer existe; solo el sudor por derramar me atañe, únicamente me incumbe la zancada por efectuar, el jadeo por exhalar. Solo aquel punto lejano, solo aquella punta rocosa y solitaria indicando el camino del cielo, la dirección de la gloria, solo la cumbre, joder, solo la cumbre me importa. Si tuviera piernas, pensaría que me van a fallar en cualquier momento; de tener corazón, temería verlo estallar inminentemente. Pero no tengo piernas, sino dos émbolos insensibles al dolor y al agotamiento; no tengo corazón, sino un motor indiferente al sufrimiento. El sudor es el llanto del cuerpo. Y mi cuerpo llora. Las pupilas dilatadas por el sufrimiento chispean bajo el ceño nazareno, y se anclan, como dos cuerdas quilométricas e invisibles, a la cumbre; mis pies se curvan como garras dentro de la zapatilla, como en un reflejo atávico y desesperado del animal que fuimos -que somos- luchando por aferrarse al áspero camino sin ceder ni un milímetro; mis manos se apoyan con desesperación en las rodillas magulladas, haciendo palanca, sumándose al rebato general de todo el cuerpo; mis pulmones chiflan, chillan, pitan por dentro como una vieja gaita desafinada, que ejecuta implacable, sin embargo, su monótona melodía, repuntada por el bajo continuo de un imperceptible estertor ronco en el instante de la brutal exhalación del aire. La sagrada ceremonia del trance ha comenzado. Es la hora de vencer o morir.

*Don't look back.* No mires atrás, decía aquella vieja canción de Bob Dylan. No. No mires atrás. Pero una brecha de incertidumbre se abre, a traición, en la obsesiva, obstinada fe que me empuja salvajemente montaña arriba. Un aliento todavía lejano pero claramente presentado, unas pupilas aún distantes pero inquietantemente perceptibles se me clavan por la espalda. Una voluntad que quiere doblegar mi voluntad, se aproxima inmisericorde. No mires atrás. ¿Es por una curiosa disfunción del cerebro agotado que hay canciones que se te aparecen como espectros en los momentos de mayor esfuerzo, como latiguillos recurrentes e inevitables? El largo y tortuoso camino -joder, otra canción- serpentea sibilino ante mis ojos y, al final del mismo, tentadora y burlona, casi sacrílega en su alegría de ruido y colorines, en contraste con el sufrimiento propio, la pancarta de meta, como una promesa, despliega su sonrisa multicolor, su gran boca dispuesta a engullir todo sufrimiento. Las ráfagas de viento me traen, sincopadamente, las voces, los gritos del público que anima. No mires atrás. ¿Es a ti a quien jalean, o es a la sombra que te persigue a quien quieren espolear? ¿Quieren verte llegar triunfador, o desean que tu desconocido pero ya ineludible perseguidor te sobrepase? La duda -absurda inquietud en tal momento- me escuece por un instante. Solo una cosa, solo una cosa hay, para ese implacable monstruo de mil ojos que es el público, más atractiva que un héroe: un héroe caído. Una respiración ajena se enreda en el aire, de pronto, con la mía, en siniestra sinfonía, y me devuelve, con sobresalto, los pies a la tierra. Otras pisadas, pisadas ajenas, patean ya el mismo metro cuadrado de terreno que yo pateo; un codo enemigo roza mi codo. Llegó la hora. Han tocado a rebato y no resta ya sino sacar el Cromañón y emplear cada átomo de mi ser en la empresa quizá inútil, quizá absurda, quizá primitiva y quizá salvaje en cualquier otro contexto, pero absolutamente justificada, casi diría que vital aquí y ahora, de asesinar al rival, deportivamente hablando; es el oscuro y no reconocido impulso de imponer tu voluntad a la de del otro. Es Caín matando a Abel. Son los paisanos retratados por Goya dirimiendo la supremacía “A garrotazos”; son siglos y siglos de guerra de media humanidad contra la otra media; es el instinto amortiguado pero latente,

olvidado pero vivo, depurado por la educación pero vigente aún a pesar de los siglos y del afán por lo políticamente correcto, de ser uno el jefe, el jefe del clan.

El gesto crispado, aprieto los dientes hasta casi hacerlos chirriar y me lanzo con furia suicida, agónica, terminal, con rabia de Cromañón disfrazado de humano, hacia esa sutil cinta que delimita la línea de llegada, tenue hilo de plástico que separa el cielo y el infierno, la gloria y el abismo.